

Nos queda la palabra*

Ángela Tello**

Resumen: Reflexión sobre la poesía, la creación poética y la importancia de la palabra. Se indaga sobre el quehacer poético, sus orígenes psíquicos y espirituales, los instantes de inconsciencia, de irracionalidad, de exaltación de los sentidos del poeta, y sus consecuencias para las vidas de los y las poetas y para su producción, la palabra poética, así como la relación entre la vida y la muerte, la luz y la oscuridad..

Paslabras clave: Poesía, creación poética, poetas, inconsciente

What Is Left Is the Word

Abstract: A reflection on poetry, poetic creation and the importance of words. The author looks into the poetic labor, its psychic and spiritual origins, the moments of unconsciousness, of irrationality, exaltation of the poet's sense, and their consequences for the lives of poets and for their production, the poetic word, as well as the relation between life and death, light and darkness.

Key words: Poetry, poetic creation, the poet, unconsciousness

En el principio

*Si he perdido la vida, el tiempo, todo
lo que tiré, como un anillo, al agua,
si he perdido la voz en la maleza,
me queda la palabra.*

*Si he sufrido la sed, el hambre, todo
lo que era mío y resultó ser nada,
si he segado las sombras en silencio,
me queda la palabra.*

*Si abrí los labios para ver el rostro
puro y terrible de mi patria,
si abrí los labios hasta desgarrármelos,
me queda la palabra.*

Blas de Otero

La palabra, como dice el poeta Blas de Otero, permanece y alienta en medio de la pérdida, de la sed, del hambre, del silencio y del terror humano. Es necesario reconocer en la elaboración poética, lo que sucede en el orbe; se hace necesario, hoy más que nunca, integrar nuestra historia con la historia del mundo, pues la palabra es el instrumento que permite transformar y crear el tiempo y acerca a cada ser humano con los otros y con el universo. Un buscador, sabiamente señaló: "De todo el pasado, de toda la tragedia oscura del presente, los seres humanos están llamados a aprender a encontrar el coraje para abrirse a la luz". Poetizar permite recuperar ese coraje. La poesía, a través del lenguaje que entraña verdades y a menudo se vuelve intemporal, en ese acercamiento que alcanza entre el vacío y la totalidad, entre el silencio y la palabra, entre la soledad y el encuentro con los otros, reclama el arrojito del poeta; incita a la intrepidez frente a lo que se nombra, aún aquello que parece mundano, insignificante o ajeno a lo poético.

El quehacer poético se propone hablar con lo más íntimo del hombre, con aquello que lo desnuda, con aquello que le permite vislumbrar las continuas muertes y los nacimientos que de ellas surgen; con aquello que, asimismo, le permite detener la muerte temprana, le ayuda a postergar la cita que el ser humano, en su ceguera y por sus diversas distracciones, atrae con sus actos. Es en ese constante vaivén, entre el origen y el final del tiempo y del espacio, donde surge la obra poética. Es esta una época de gestación y de contracciones, en la que se transita hacia perspectivas que quizá no alcanzaremos a conocer; tal vez la intuición, que surge en el acto de la escritura poética, permita que se descifre en medio de la larga noche, la luz que habita la oscuridad; la fuerza que surge de las profundidades de la fragilidad humana; la vida que se presiente en la agonía

*Ensayo. Recibido el 6 de octubre, aprobado el 27 de octubre.

**Economista, Especialista en Desarrollo Comunitario y Magister en Sociología de la Universidad del Valle. Publicaciones: *De Raíces y Alas*, Editorial Caracolas y Lunas, Cali, 1997; *En el Corazón de la Bestia o Transfiguraciones del Rostro de la Ciudad*, Colección Escala de Jacob, Universidad del Valle, Cali, 2005; *Cartas a Farim Nasem*, Colección Las Ofrendas, Escuela de Estudios Literarios, Universidad del Valle, Cali, 2011. Dirección electrónica: alunat@telecom.com.co

y en la muerte, incluso durante ese breve período de tiempo diario en que descendemos a los lugares donde habitan los muertos.

La elaboración poética, como lo planteó el poeta Octavio Paz, surge de lo sagrado, del sentimiento original del cual nace la “revelación” que se expresa en el poema. Y, como todo ser humano es hijo de su tiempo, las revelaciones del presente se encuentran atravesadas por el dolor, la barbarie, la destrucción, la guerra, la tragedia y, también, claro está, por las propuestas y caminos que se tejen desde diversos ámbitos donde se crea y se recrea la esperanza en el alma humana. El poeta ve en todo ello, el mito de la existencia, lo recuerda, lo recupera y lo presenta de una manera nueva en cada época.

La interrelación permanente entre la vida y la muerte; entre lo que brota y lo que se marchita; entre la vigilia y el sueño, permite abrir un diálogo literario entre el sentido de lo que hemos denominado el bien y el mal en la existencia, reconociendo que aún aquello que parece más terrible tiene una razón para el desarrollo del ser humano, de su entorno y, por ello mismo, para el espíritu del quehacer poético. El poeta expresa en sus versos esa diversidad de momentos; el poeta habla desde las profundidades de los tiempos oscuros y encuentra a través de ellos su propia luz. El poeta es el ángel que combate con el dragón sin ningún propósito de destruirlo; al contrario, lo pone al frente de sí mismo porque tiene la certeza de que allí, en esa provocación, se encuentra la oportunidad de hallar el sentido del verbo y de su capacidad creadora.

El poeta a través de su escritura se acerca al universo de los ángeles y de los demonios; en el corazón del poeta se establece el combate que no tendrá vencedores ni vencidos; la lucha donde la única victoria es el hallazgo de las palabras que muestran a través de los espejos el valor de la incompletud del ser humano y el lago donde es posible mirar, no solamente su rostro, sino también los rostros de los otros y el mítico semblante de aquél que nace del agua de los orígenes, del agua de los sueños. A través de la poesía surge la posibilidad de crear otras realidades; las palabras se enredan unas con otras, se vinculan y van encontrando desde el caos el nuevo orden, que es finalmente el hallazgo que produce el sendero que se atraviesa para producir el poema. En la palabra poética se edifica el acto de concien-

cia que tiene sus raíces en momentos e instantes de inconsciencia, de irracionalidad, de exaltación de los sentidos del poeta. A través del proceso de elaboración poética, el hacedor, el dueño de las agujas y de la urdimbre, descubre la desnudez, la soledad, el vacío del género humano, y en ellos reconoce la miseria y la grandeza que siempre acompañarán el devenir del hombre y de la mujer, y que les permite despertar a su propia humanidad y a la humanidad que habita en los otros. La poesía facilita que escritor y lector, descubran, cuando cruzan el umbral, los misterios y enigmas que yacen ocultos a los sentidos. La vida anímica del poeta se cualifica y a su vez va a complejizarse la percepción de esa realidad circundante, cuando se fortalece el espíritu humano a través de las mismas observaciones que realiza y a través del encuentro con la poesía que han producido otros, en diversos momentos y en disímiles lugares del devenir del hombre sobre la tierra. Las imágenes que se descubren o se crean a través de las palabras se constituyen en el reflejo de la capacidad del espíritu del poeta para lograr captar la realidad observada y producir otra.

¿Y cuál es la fuente fundamental donde bebe el poeta para producir sus creaciones? Me atrevo a afirmar con certeza que es su corazón, que es su sentir. En el diálogo que establece con su mundo interior, reconoce el mundo y se reconoce a sí mismo sin engaños, sin estratagemas. Allí están el asombro y el horror, ambas posibilidades lo transfiguran y le permiten decir lo que la cotidianidad intenta velar y silenciar. Se es poseído y se es desposeído; se alcanza lo que se desea, se derrocha y se disipa; se es placer y se es padecimiento, en suma, el mundo es un sentir para el poeta. Observar lo que siente, pensar lo que siente y tejerlo a través de la palabra, es un ejercicio permanente del poeta, que posibilita que aquello que se ha denominado inconsciente o partes oscuras del alma, salgan a la luz a través del verso, surjan desde los nuevos sentidos que produce la palabra poetizada. Y no es desde una visión conceptual, sino que, como lo expresa la escritora María Zambrano, la cosa del poeta son sus fantasmas, sus sueños, lo que es y lo que no es, sentenciando que “El poeta no teme a la nada”. Y, complementaría desde estas reflexiones, que tampoco le teme a la locura que lo desconecta de la razón y lo vincula con su sentir, con su imaginación, con su sí mismo,

con su capacidad creadora, con su total ignorancia y con su conocimiento intuitivo, con su insensatez. En el sendero de la locura que habita al poeta se logra reconocer el camino que conduce hacia el Maestro o el Mago, en el caso que nos ocupa, el Maestro o el Mago de la Palabra.

En unidad de acción, el loco y el maestro exorcizan la muerte. No con el fin de encerrarla o encadenarla o ignorarla, sino con el fin de descubrir los secretos que entraña. Es urgente enfrentar a los dioses o demonios de este tiempo, que suscitan el caos en el mundo de los hombres. El poeta y la palabra acercan a los seres humanos al sendero de los dioses, y acercan a los dioses al camino de los humanos. Es un tiempo donde el equilibrio puede volverlo a restituir la palabra, la que surge del corazón, ese pequeño cerebro en llamas, que se hace frágil y es más útil para producir el latido acompañado de los versos. Dice Heidegger que la esencia del arte es la Poesía y que la esencia de la Poesía es la instauración de la verdad. Considero que a través de la verdad el universo humano se reconecta con el universo divino, es allí donde se ofrenda el poeta, quien como Prometeo logra acercarse a los dioses a través del verbo y robarles el fuego para devolvérselo a los hombres. Sólo el poeta que se incendia en sus propias llamas puede propiciar que se encienda ese mismo fuego en sus semejantes.

Y el péndulo oscila de manera permanente. Las palabras devienen de la oscuridad a la luminosidad y viceversa: Las palabras se estancan y fluyen; las palabras cierran puertas y rompen todas las cerraduras. El poeta es él mismo un fantasma que avanza entre ese cerco de palabras, se detiene, las abraza porque ellas hacen parte de su historia y de su tiempo. La palabra es memoria del instante y de la eternidad. En ella habitan los seres efímeros y aquellos que se han quedado a habitar por largas temporadas su tiempo, aquellos que lo encadenan a la noria. Los seres efímeros y los seres eternos en la vida de los poetas, tan necesarios y fundamentales todos para comprender el sentido y edificar el poema.

Y una vez está el poema escrito, aparece el siguiente campo de batalla del poeta: La reelaboración del verso. El verso que se pule, el verso que se integra de una manera más armónica, el otro que se elimina y se olvida, a veces con algo de tristeza pero comprendiendo que no sirve en la totalidad del

poema. En la batalla van apareciendo otros sentidos que en ocasiones no estaban en el primer intento; en la batalla se fortalecen el ritmo, las imágenes, la coherencia, el contraste de las palabras. Durante la batalla se reactivan las intuiciones del que escribe y del futuro y añorado lector. Y luego de esta significativa victoria, llega el día en que el poema permite que el poeta y el lector del poema se miren a través del espejo que han construido las palabras, nace entonces esa identificación, se descubren en la inmediatez de la lectura que finalmente son una unidad, que no hay separaciones, que ambos han requerido pasar por las circunstancias del universo humano para comprender la dimensión del poema y revivirlo, reinventarlo, apropiárselo a través de cada lectura. Es la resurrección continua del poema. Porque en el poema los seres humanos se hacen frágiles, en el poema quedan todos desnudos, inermes, vulnerables. Y el poeta es el que se sacrifica para el resto de los mortales; el poeta se transforma en víctima que se inmola en el fuego sagrado del poema y permite que de sus cenizas renazca el mundo. Pero el poeta sabe también que la única manera de mantenerse en pie es continuar andando, es continuar escribiendo, es continuar reconciliándose con sus propios fantasmas y con los fantasmas del universo. Y comprende que lo que existe bajo los cielos ha sido creado por el Verbo y que él se transforma en espíritu creador a través de la palabra y de esa manera revela su origen.

Y, para concluir, de nuevo, quizá ahora con una mayor cercanía con su poema, regreso al texto que le dio origen a estas reflexiones. Cierro por donde empecé, porque así será siempre la poesía, un recomenzar constante, en la palabra y en el sentir humano:

Si he perdido la vida, el tiempo, todo
lo que tiré, como un anillo, al agua,
si he perdido la voz en la maleza,
me queda la palabra.

Si he sufrido la sed, el hambre, todo
lo que era mío y resultó ser nada,
si he segado las sombras en silencio,
me queda la palabra.

Si abrí los labios para ver el rostro
puro y terrible de mi patria,
si abrí los labios hasta desgarrármelos,
me queda la palabra.